



# REVISTA GALLEGA N° 252 - AÑO 1900

## TÍTULO: OVIDIO MURGUÍA

# Revista Gallega



SEMENARIO DE LITERATURA É INTERESES REGIONALES

<p>AÑO VI. - NÚMERO 252</p> <p>SE PUBLICA TODOS LOS DOMINGOS COLABORACIÓN ESCOGIDA NO SE DEVUELVEN ORIGINALES Redacción y Administración, M.<sup>a</sup> Pita 18</p>	<p>DIRECTOR PROPIETARIO Y FUNDADOR <b>GALO SALINAS RODRIGUEZ</b></p> <p>Coruña, Domingo 7 de Enero de 1900</p>	<p>PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN</p> <p>LA CORUÑA, al mes . . . . . 0'50 ptas. FUERA, al trimestre. . . . . 2'00 » NÚMERO SUELTO. . . . . 0'10 » NÚMERO ATRASADO. . . . . 0'20 »</p>
--	--	---

### La muerte de Ovidio Murguía

#### A SU PADRE

Habéis perdido un hijo, venerable anciano.

Vuestro corazón se desangra; lloran vuestros ojos; el respiro se os acorta en fuerza de suspirar.

Legítimo heredero de vuestros talentos, en él concentrabais todas vuestras ilusiones, las ansias y esperanzas todas de vuestra vida.

Veiais en él, ¡oh, buen Murguía! la continuación de las inspiraciones de aquella santa que se llamó vuestra esposa: Rosalía de Castro, la pintora de la poesía, como su hijo era el poeta de la pintura...

Si todo esto sufrís, si todo esto sentís, ¿qué habremos de decirnos? ¿Consolarlo? No tal, no tal.

Llorar, llorar con vos, daros un filial abrazo, posar reverentemente nuestra boca en vuestra tersa frente, sobre la que ya los años tendieron su nevada sábana, y en esta actitud deciros: sentimos con vos, como vos nos apenamos; pero, consolémonos. vuestro hijo no ha muerto... ¡qué! ¿lo dudáis? Pues no lo dudeis.

Leel y ved lo que vuestros adictos os revelan, y os convenceréis de que el genial pintor que por padre tuvo al insigne Manuel Murguía, vive y vivirá siempre en el corazón de sus leales y sinceros amigos.

#### Ovidio Murguía

El p. b. Ovidio ha muerto. Llegó la noticia á nuestros oídos con

crueidad de puñal: tanto queríamos al amigo entrañable, tanto admirábamos al genialísimo artista, tanto e-perábamos, para gloria de Galicia, de las dotes insignes que le adornaban.

Aun aguardando como aguardábamos su muerte, dada la aguda enfermedad que sufría, vino la triste noticia á causarnos dura y dolorosísima sorpresa.

Fué su vida algo así como una rafaguita de lumbré que duró una sola primavera de juventud.

No fué un pintor: fué un delicadísimo poeta de la luz y de los colores.

Los cuadros de Ovidio eran los versos de Rosalía Castro, su insigne madre, hechos carne.

¿Carne? nó; con ser la verdad misma, sus cuadros eran espíritu; Ovidio pintaba con el alma.

Era el poeta de los crepúsculos, era el pintor inimitable de las puestas de sol. Cantaba con el color como si cada tono de su paleta fuese la nota de una balada.

De Zorrilla se dijo que fué hijo de una alondra y un ruiseñor. El hombre verdadero—decía Victor Hugo—es el que está debajo del hombre, y tal muchacha, por ejemplo, si se viese lo que es en realidad, resultaría ser pájaro.

Bajo la pobre envoltura de su carne, que le hizo sufrir en sus últimos días cruentos dolores y hondísimas amarguras, Ovidio era eso: un pájaro, un ángel que pintaba de modo prodigioso la Naturaleza, movida su mano creadora por divina inspiración.

Los que solo han visto los cuadros de Ovidio en los escaparates de las tiendas, no saben, no pueden adivinar siquiera como pintaba Ovidio.

Era necesario sorprender sus obras antes que las destruyese, siguiéndole en sus paseos por el bosque de Santa Susana, en aquel Santiago, en aquella «isla sonante», donde su imaginación vió la luz primera de la vida del arte; yendo con él por la carretera de San Lorenzo, en aquella hondonada que velan á la caída de la tarde las nieblas del Sar; viéndole, desde lo alto de una roca, al pié de la torre de Hércules, sorprender las olas transparentes del Orzán.

Era necesario oírle hablar de sus proyectos, de sus concepciones, de los extraños asuntos de sus cuadros. Paisajes «místicos», en cuya naturaleza parecía notarse la presencia de Dios; asuntos poéticos,

en los cuales la fantasía y la leyenda desplegaban sus alas más brillantes y sus más encantados ecos.

Tenia Ovidio candorosas supersticiones de niño, tenía fervorosas visiones de creyente, tenía perezas y originalidades de bohemio, tenía exaltaciones de verdadero artista.

Un libro «hermano suyo», que se titula «En prosa», dice de que manera pintaba Ovidio, y describe, sin quererlo, uno de sus paisajes preliilectos.

«A su lado pinté aquel grupo de álamos que se miran en las aguas. Componen bien, ¿no es verdad? Es preciso ver la vasta extensión, no á través de esta pesada lluvia, sino cuando el poniente inonda la llanura con sus postreiros reflejos. El cielo es entonces vermellón y amarillo cádmio. El pino manso que se levanta allá lejos, recordaba aquel día sus ramas en para-sol sobre un cielo verd-mar dorado, que el pincel no reproduce...»

Esos eran los amigos de Ovidio; los pinos con sus ramas cantoras y sus troncos violados; los robles de desgajados brazos y huecos vientres; el sol expirante, lanzando sobre las lejanas montañas sus tibios, melancólicos besos; el ronco mar, salvaj, grandioso é imponente...

¡Este presagio él de la tristeza de sus cuadros!

¿Adivinaba Ovidio su cercana muerte é impregnaba por eso de tan honda tristeza el espíritu de sus obras?

Con la muerte de Ovidio perdió Galicia el que más prometía de todos sus artistas; la pintura perdió uno de sus más inspirados mantenedores; los que éramos sus amigos, un afecto inapreciable y leal que nunca lloraremos bastante.

Duerma su cuerpo en la amada tierra que tantas veces reprodujo con su pincel; vuele su espíritu á las elevadas regiones del eterno consuelo.

URBANO GONZÁLEZ.

Dice bien el amigo Urbano en el inspiradísimo y sentido artículo necrológico que dedicó á Ovidio Murguía.

Dice bien y tiene razón. El pájaro voló; el ángel desplegó sus níveas alas y elevóse á lo alto, allá donde no hay nada material que copiar, donde la naturaleza nada puede ofrecer á la de-